

Cancio Mena, Juan

Ni protección ni libre cambio / Juan Cancio Mena.

Madrid : Imprenta de Manuel Alvarez, 1861.

Vol. encuadernado con 7 obras

Signatura: FEV-AV-M-00144 (2)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

2

L

NI PROTECCION

NI

LIBRE CAMBIO,

POR EL DOCTOR

D. JUAN CANCIO MENA,

Catedrático, y Abogado de los tribunales nacionales.



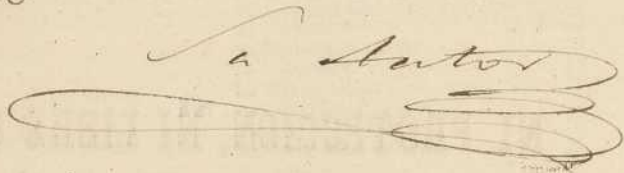
MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL ALVAREZ.—ESPADA—6.

—
1861.

Al distinguido orador y coeditor
vivo, y mi querido amigo D.
Pedro López Sánchez ofrece
este Folleto

A Autor



NI PROTECCION, NI LIBRE-CAMBIO.

I.

Siempre he amado la verdad, y he procurado difundirla; siempre he rendido culto á la justicia, y he anhelado entronizarla; siempre he acatado la santa causa de la libertad, y he aspirado á defenderla. Y deber muy imperioso es, para el que se sienta agitado por tan nobles impulsos, no arredrarse ante ninguna consideracion, y proclamar en alta voz sus teorías, esponer sus principios, formular sus aserciones, propagar sus doctrinas. Por eso, al fijar mi vista en el gran campo de la economía y observar las contiendas que en él se repiten; al notar las luchas encarnizadas que dividen á los combatientes; al apreciar las razones y los errores que juegan en la polémica, no puedo menos de esgrimir aquellas armas que se ofrecen á mis manos, y esgrimir las para combatir las opiniones más absurdas, los desvaríos más enormes, las utópias más trascendentales. Y, por desgra-

cia, no son pocos los enemigos que se presentan ante el hombre que pretenda sostener ileso el gran edificio de la verdad científica. Pero el que se encuentra colocado en el buen terreno, puede vivir tranquilo, puede disfrutar del reposo, puede desafiar á los más terribles adversarios, seguro de conquistar los laureles del triunfo. Por eso voy á examinar una de las más graves cuestiones que se debaten en la economía; y al examinarla, me propongo destruir los argumentos de los controversistas, argumentos que se levantan sobre una base demasiado endeble, sobre la base del sofisma.

¡El sofisma! Y ¿qué es el sofisma? No en breves frases, ni en concisa fórmula, ni en un tratado extenso podría contestar á esta pregunta, y delinear el cuadro de todos los males que envuelve el falso razonamiento. Pero si dirijimos una mirada sobre las figuras de más bulto que se destacan entre los innumerables que blasonan de peritos en la ciencia social, bien pronto nos convenceremos de que esas figuras colosales en la apariencia, son, en la realidad, unos miserables, pero arrogantes pigmeos.

El criterio es la única garantía de acierto en los juicios; pero el criterio no es siempre el recto fallo de nuestra razón que establece las relaciones recíprocas de las ideas, y por el contrario, separándose del buen camino, perturba el orden, trastorna lo existente, confunde los términos, tergiversa las teorías, produce disensiones y engendra el más espantoso de los caos, el caos filosófico.

Es muy evidente que al hombre le fué concedida una

facultad sublime, la facultad de conocer, y en su virtud, la de juzgar; privilegio supremo que nunca aprecia en su valor inmenso. Pero detendré mi pluma, y antes de penetrar en el exámen de la cuestion que vá formulada en el epigrafe de este artículo, consignaré algunas ligeras reflexiones sobre las causas del error, para venir despues á explicar los motivos que influyen en los desvaríos económicos.

Y repetiré una teoría psicológica, que más de una vez he sostenido. El hombre se encuentra dotado de razon, y en la razon podremos separar y distinguir dos diversas facultades: tales son la inteligencia y la imaginacion. Es muy cierto que, tanto la una como la otra, nos llevan al mundo de las ideas, pero lo hacen bajo una forma heterogénea. Una inteligencia clara, robusta y educada, nos dará á conocer la verdad de las ideas, como una buena vista nos llevará á las nociones de todos los objetos materiales que de continuo se prestan á nuestra observacion. La imaginacion, por el contrario, es la facultad creadora de nuestra alma; una facultad fantástica que, exajerando las ideas, las dá una forma colosal y sorprendente, á la manera que un panorama engrandece los objetos que á su través consideramos, presentándolos embellecidos y admirables en la apariencia, aun cuando en sí mismos sean insignificantes y carezcan de valor. Y las pasiones se convierten para nuestro espíritu en un denso vapor que mancha y empaña el puro cristal de nuestra inteligencia, que es el órgano visual de nuestra alma.

Luego, si juzgamos con una inteligencia que no sea clara, robusta y educada, no podemos responder de la integridad de nuestros juicios. Luego, si nos dejamos arrebatar por el poderoso influjo de la imaginacion, distinguiremos un mundo ideal, un mundo ficticio, un mundo poético y deslumbrante, pero no tocaremos la realidad. Luego, si juzgamos influidos por las pasiones, llegaremos á conocer las ideas con la misma confusion que apreciaremos los objetos cuando los contemplemos á través de un cristal empañado, es decir, que no distinguiremos sus matices, ni apreciaremos sus detalles, ni obtendremos una idea exacta de aquello que estamos examinando. Y, desgraciadamente, en el campo de la filosofía más abstracta, en la esfera de la política, y en el terreno de la ciencia social, abundan más los hombres que juzgan con la imaginacion y que se arrastran por las pasiones, que no aquellos otros que, dotados de una inteligencia clara y robusta, la hayan dirigido por la única senda que conduce á la verdad, y la hayan dirigido, merced á una educacion sólida, dominando la irresistible fuerza de la imaginacion y de las pasiones; porque, es indudable, el maridaje de estos dos elementos engendra la exaltacion, y la exaltacion es el volcan de nuestro espíritu que confunde entre su lava la luz radiante de la inteligencia, esa luz que purifica nuestros juicios del influjo halagador de la imaginacion, del mágico poderío del sentimiento, y de la grata voluptuosidad de las pasiones. Por eso he dicho con un motivo harto solemne: «Si el tecnicismo de las voces facultativas se conociera profunda-

mente ; si el significado de las palabras científicas se comprendiera por la generalidad ; si el uso de las frases fuera oportuno ; si la lógica acompañara á todos los razonamientos ; si las pasiones no exaltasen nuestro ánimo ; si la imaginacion no fascinara nuestro espíritu , nuestros juicios serian acertados , nuestras opiniones ciertas , nuestras teorías exactas , nuestros principios evidentes , nuestras conquistas verdades. » Si todas estas circunstancias concurrieran en nosotros , no serian tan estériles nuestras polémicas , tan frívolas nuestras controversias , tan inconducentes nuestras discusiones.

Y puede asegurarse que , si á todos esos hombres de elevada talla científica se les interrogara apremiantemente sobre la acepcion de aquellos términos que más les sirven en sus discursos , y en sus teorías , y en sus sistemas , puede asegurarse paladinamente que vacilarian mucho para contestar á las interpelaciones que se les hicieran , y de seguro que no salvarian cumplidamente sus compromisos , y por muy cierto puede tenerse que los unos y los otros esplicarian de una manera bien distinta el significado de aquellas palabras que constituyen el tecnicismo de las ciencias. No recurriré á grandes comentarios para acreditar la verdad que entrañan las precedentes reflexiones , y apelo á las conciencias de los interesados . para que abonen mis juicios , y reconozcan la legitimidad de mi asercion.

Voy , pues , á presentar , desnuda de pomposas frases , la cuestion que me propongo resolver , y prescindiendo de todos aquellos preliminares que debieran precederla , para ilus-

trarla , y concreto el asunto reduciéndolo á sus términos más precisos.

II.

Los economistas pretenden cultivar una ciencia que ha sido llamada á cicatrizar las más profundas llagas sociales, y para llenar su objeto empiezan por definir todas las necesidades que aquejan á la humanidad; siguen por investigar los medios de satisfacerlas , y concluyen por formular los principios á que debe atemperarse la conducta del hombre , para obtener semejantes resultados.

Y las necesidades humanas aumentan considerablemente cuando los pueblos se propagan , y los medios de satisfacerlas se dificultan en razon directa del número de vivientes, y la fórmula de la produccion se complica á medida que la sociedad multiplica sus relaciones. Por eso la ciencia, que ha de seguir paso á paso la azarosa carrera que al hombre le abrió el mundo; la ciencia que ha de penetrar misterios insondables ; la ciencia que ha de abrir paso al más perfecto de los seres creados ; esa ciencia ha de exigir un análisis detenido, un exámen juicioso , un estudio particular, si es que ha de producir los ópimos frutos que en tan fértil terreno se cultivan; si es que ha de corresponder á su elevado objeto; si es que ha de presentar des-

nudas y brillantes las teorías de la riqueza pública. No es, pues, problemática la importancia de la economía; no es, pues, estéril el estudio de sus principios; no es, pues, de escasos resultados la aplicación de sus doctrinas.

Por eso vemos que el economista fija toda su atención en los recursos que han de saciar la sed ardiente que devora al hombre, y procura fomentar la producción de la riqueza, y estudia su circulación para facilitarla, y examina su distribución para justificarla, y discurre sobre el consumo á fin de armonizarlo con la producción. Pues bien, todas las leyes que presiden á los fenómenos de la producción, de la circulación, de la distribución y del consumo de la riqueza pública, son la materia de la economía. Y la dificultad del economista estriba en descubrir esas leyes, y en formularlas en términos claros y precisos, y en someter á su imperio todas las evoluciones sociales.

Vamos á nuestro objeto. La ley de la concurrencia es una de las que ofrecen en términos absolutos los llamados libre-cambistas, y la que constituye uno de los principales artículos de su credo político, y la que consideran como uno de sus principios fundamentales.

Y no inútilmente he sentido algunas teorías psicológicas. Los hombres todos, con escepciones tan raras como honrosas, aspiran á satisfacer con plenitud sus apetitos, á colmar sus deseos, á llenar sus exigencias. Y entre sus apetitos, entre sus deseos, entre sus exigencias, se levantan dos principios que se rechazan, que se repelen, que se hostilizan, y estos principios capitales encierran dos ele-

mentos poderosos, eficaz el uno para construir, muy propio el otro para derribar; la idea del bien va envuelta en el primero; la idea del mal representada en el segundo. Por eso hay una lucha constante en el hombre; por eso pugna sin tregua con sus pasiones bastardas; por eso la filantropía y el egoismo batallan sin descanso; por eso la virtud triunfa unas veces de las asechanzas del vicio y allana las vías del progreso; por eso el predominio del vicio opone siempre un fuerte dique á la prosperidad de las naciones. Que el espíritu humano fluctúa entre dos fuerzas supremas; que estas fuerzas son las que imprimen el movimiento progresivo ó reaccionario de la humanidad, que son las que deciden la suerte de los pueblos, no necesitamos demostrarlo.

No es fácil bosquejar el cuadro de la gigantesca lucha que ha de sostener la conciencia del hombre con los enemigos de su tranquilidad; no es fácil trazar los límites de la bondad y malicia de todas sus acciones; no es fácil establecer una línea divisoria entre sus aspiraciones legítimas y entre sus pasiones bastardas. El hombre siente un vivo deseo de gozar, anhela el placer, procura su dicha, apetece el descanso, ama el reposo; pero detesta el sufrimiento, abomina el trabajo, rechaza el padecer. La actividad humana se agita constantemente en busca de placeres, y el afán del hombre no es otro que su bienestar, y ese bienestar, blanco siempre de toda su solicitud, no sabe definirlo, no puede explicarlo, no acierta á comprenderlo. Por eso le vemos desgastar sus fuerzas, soportar disgustos, arrostrar

contrariedades, y le vemos animado por un deseo, exaltado por una pasión, halagado por una esperanza, por la esperanza del goce, del placer, de la felicidad. ¡Dulce, dulcísima es la esperanza que alivia sus dolores, que calma su aflicción, que templó su quebranto! He aquí bien ostensible la fuerza que nos impele incesantemente hacia el mundo de las satisfacciones. Pero tampoco nos damos cuenta de aquellos goces más sublimes, de aquellos placeres más intensos, de aquella felicidad más suprema. ¡No, no es fácil para todos los hombres conocer la mágica influencia que el sentimiento ejerce en su felicidad, y abandonados á una corriente más impetuosa, se precipitan obcecados en el piélago de las pasiones, y sin otro norte que el interés individual, y sin otro faro que el egoísmo, todo lo consagran en aras de la adquisición, y apenas se fijan en los medios que han de emplear para obtenerla, y prescinden sin escrúpulo de aquellas máximas que le guiaran á la práctica de la virtud, de la virtud que es la gran conciliadora del interés individual con el interés general.

Pero estoy viendo que muchos lectores hacen alto en este punto, y se dirijen al autor de este Folleto para reconvenirle, para tratarle de prolijo, para censurar sus digresiones, para preguntarle, ¿de qué nos hablas? ¿Te has propuesto ilustrar la cuestión del libre cambio y combatirla? ¿Pretendes descubrir los principios de la protección y anatematizarlos en absoluto? ¿Aspiras á erijirte en jefe de una nueva escuela? Pues siendo así, añaden, no dejes correr imprudentemente tu pluma, no te desvíes de la línea

recta, no te engolfes en el mar de la filosofía, no te detengas ante las consideraciones psicológicas, ni ante las teorías morales; fija bien la cuestión del libre-cambio, y resuélvela en el sentido que la concibas, presenta en sencillos términos la doctrina proteccionista y recházala según lo prometes en el epígrafe de tu Folleto; pero no vayas aumentando sus páginas sin decirnos nada del asunto capital. Estas y quizá otras más severas serán las invectivas que se me dirijan por muchos de los lectores de mi escrito, y á estas y á cualquiera otra, me propongo contestar para justificar el método que he adoptado y bajo el cual me pondré siempre que intente dar cima á alguna empresa científica ó literaria.

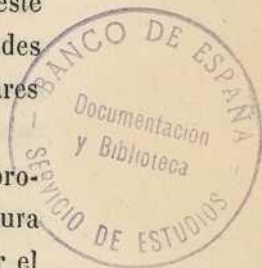
El objeto de todas nuestras investigaciones es descubrir las leyes de la naturaleza, y conocer las propiedades de las cosas, y averiguar sus más estrechas relaciones. Esto lo afirman todos. Y siendo así, no sería muy lógico ni plausible, al debatir una materia estudiarla en sí misma, y prescindir del criterio humano para comprender todas las causas del error y combatirlas en su origen; para establecer la gerarquía de afinidad que la liga con las otras, empezando por los vínculos más fuertes y concluyendo por los más débiles. Luego si hemos de colocar las cuestiones en su propio terreno, preciso nos será encerrarlas en sus límites más exactos, y trazar todas las líneas que las separan de aquellas otras con las que tienen mayor analogía é intimidad y parentesco.

Por eso al tratar de reconocer la ley que rige las alter-

nativas del cambio, no he podido ménos de descubrir los principios psicológicos que acreditan los errores de tantos economistas, que arrebatados por el más ferviente entusiasmo, nos muestran en perspectiva un florido vergél, cuyos aromas regenerarian al hombre, si fiado en su palabra se entregase á sus doctrinas; no he podido menos de hacer ostensible el mágico efecto que produce en los juicios la influencia de la imaginacion y de las pasiones; no he podido menos de deplorar los absurdos proclamados por aquellos filósofos que se han rendido ante los altares de la utopia. Y despues de tan justificables digresiones; despues de haber demostrado que el interés individual se traduce generalmente en egoismo; despues de haber descubierto esa lucha que se opera dentro del hombre, y en la que figuran como combatientes el principio del bien y el principio del mal; despues de estas indicaciones, se podrá comprender el espíritu de la economía política, ya que ella se propone desarrollar los intereses materiales, y ya que este desarrollo seria imposible si no se limitaran las facultades del individuo, para concertar sus pretensiones particulares con las pretensiones colectivas.

El interés general y no el particular es el que se propone dejar á salvo la ciencia económica, y por eso procura alejar los monopolios, combatir el egoismo y entronizar el imperio de los más sobre las aspiraciones de los menos, pero sin separarse de aquellos límites que le demarcan de consuno la justicia y la conveniencia.

Que los hombres deben inprescindiblemente aplicar sus



fuerzas sobre la naturaleza para que el fenómeno producción se realice, nadie lo pone en duda. Que los hombres se dedican á diferente clase de trabajo, todos lo van viendo, y vislumbran, si es que no conocen la razón, por la que las ocupaciones se dividen. Que resultado de este hecho es el cambio ó permuta recíproca de los servicios, todos se lo explican. Que debe existir una libertad amplia para que cada uno se consagre al oficio ó profesión para el ó la que se sienta con mejores dotes ó más inclinado, nadie podrá negarlo. Que nadie debe abrogarse el derecho de monopolizar determinados servicios con esclusión y perjuicio de los demás, nadie podrá sostenerlo en el terreno de la justicia. Pero ¿deduciremos de los principios asentados que la concurrencia ha de estenderse ilimitadamente, y que los servicios puedan ofrecerse en cambio de otros servicios, sin traba, ni freno, ni cortapisa?

La contestación afirmativa es el fundamento sobre el que se levanta la escuela libre-cambista. La contestación negativa es el programa de la escuela proteccionista. Y ¿cuál de estas dos escuelas resuelve la dificultad, cuál descubre los verdaderos principios, cuál enuncia la ley económica? Preciso nos será apuntar algunas ideas sobre las cuales apoyemos nuestra opinión.

III.

Los libre-cambistas se elevan sobre la sociedad, y divisan desde su inconmensurable altura la gran familia humana que, cumpliendo el destino que le fué encomendado, fertiliza la tierra con el sudor de su rostro, y trabaja sin tregua, y camina sin descanso por el áspero camino de su existencia. Desde tan inmarcesible punto contemplan estáticos la série de evoluciones en que fluctúa incesantemente el ser privilegiado de la creacion. Y el libre-cambista se encuentra poseído de un noble deseo, de un generoso entusiasmo, de una filántropía acendrada, y recuerda que los hombres cumplen con su mision al descargar sus fuerzas sobre la materia inerte, y no se olvida de que ejercitan diversos oficios á que son llamados por su vocacion ú otras circunstancias, y llega á creer que seria tiránico impedir que cada uno pueda cambiar con cualquiera otro los productos propios de su industria; y levantando sus teorías sobre estas consideraciones generales, y nada mas que sobre ellas, lanza un grito de exaltacion y dice: *Libertad de comercio*; y añade: es inícuo; es usurpador, es déspota y arbitrario el que tienda un lazo al productor y le impida llevar su mercancía allá, á aquel punto donde el consumidor la reclame, donde la exijan las circunstancias, donde las necesidades la convoquen. Tal es el razonamiento del libre-

cambista, y apoyándose en los principios del derecho que él se forja, y de la utilidad que comprende, lanza el anatema de la indignacion contra todo el que se proponga combatirle en la region de las teorías ó en el mundo de las aplicaciones. Esa y no otra es la série de los juicios que pasan por el cerebro de aquel que proclama la doctrina del libre cambio.

Vamos ahora con los proteccionistas. La escuela de la proteccion reconoce tambien como inconcusos ciertos principios, como innegables ciertos axiomas, como fatales ciertas leyes; leyes y axiomas y principios que reconocen y admiten los libre-cambistas; pero no se detiene solamente en analizarlos y examinarlos como lo hace la escuela liberal, escluyendo de su estudio otros grandes é importantes detalles, y por el contrario, fija en ellos su atencion y los profundiza y los aprecia, y enlazando sus consideraciones con las de sus adversarios, llega á deducir otras consecuencias, no tan amplias, no tan expansivas, no tan exageradas y estensas. Los proteccionistas convienen con los libre-cambistas en las ventajas sociales que reporta la division del trabajo, en los beneficios que proporciona el cambio, y en otros y otros principios económicos que nadie puede destruir ni socavar. Pero los proteccionistas quieren que una igualdad más estricta y más severa se estienda por la superficie del globo, una igualdad más justa, una igualdad más equitativa y prudente que la solicitada por los apóstoles de la licencia, que se encubren con la capa de la libertad racional, que la proclamada por los secuaces del

cambio libre. Y como han examinado más profundamente la cuestion social, han deducido consecuencias más lógicas, más exactas, más indeclinables de la verdad económica, y han proclamado como suprema ley del cambio *la proteccion de las industrias dentro de cada nacionalidad*.

IV.

Hemos espuesto, aunque ligeramente, las doctrinas sustentadas por las dos escuelas que se disputan el cetro de la ciencia económica, y hemos apuntado las razones en que una y otra apoyan sus leyes. Vamos ahora á entresacar los principios de utilidad y de justicia que cada una entraña, para juzgarlas independientemente, y dar á cada una lo que de derecho le corresponda, esponiendo á continuacion las leyes económicas que en nuestro concepto deben observarse si la verdad científica ha de estender su vivificadora influencia por todo el cuerpo de las sociedades.

Y para medir la bondad relativa de las teorías que alimentan los controversistas de las dos escuelas, es de todo punto indispensable definir la palabra ciencia, explicar la idea de los principios científicos, y comparar la doctrina del libre comercio con la proteccionista, sirviéndonos para el

efecto de la filosofía como del más exacto de los barómetros.

V.

El mundo físico está sometido á leyes, y el mundo moral obedece á las suyas. El hombre se encuentra influido por el uno y por el otro, y el descubrir esos principios fatales y preexistentes que le rigen le es de una importancia suma. Y como el hombre piensa, y al pensar puede conocer, y al conocer puede juzgar, no debe estrañarnos que el fruto de sus observaciones sea el descubrimiento de la verdad que se manifiesta en el mundo de la materia y en las regiones del espíritu. Las investigaciones del hombre para inquirir la verdad son las investigaciones científicas; los principios de la ciencia son las leyes de la naturaleza, descubiertas, formuladas y sujetas á demostración, y el fin de la ciencia es la satisfacción de las necesidades humanas.

Luego la ciencia es la verdad, y nada más que la verdad, y siempre la verdad; porque la verdad es como Dios, ya que participa de su esencia, ya que es su esencia misma, y por lo tanto, es eterna é inmutable. Luego las leyes de la materia serán la verdad de las ciencias físicas. Luego las leyes del espíritu serán las ciencias morales. Luego los

principios de las ciencias son absolutos, son siempre eternos é invariables, son siempre los mismos, sin distincion de tiempos, ni de lugares, ni de circunstancias. Luego los principios científicos no podrán ser nunca condicionales, porque la condicion es el reverso de lo absoluto, y el error es el reverso de la verdad. Luego si los principios proclamados por las dos escuelas son malos en absoluto, los dos deben ser escluidos de la ciencia, porque la ciencia no proclama más que la verdad, y la verdad es eterna, es inmutable, es absoluta. Luego si los dos principios son condicionales, dejan de ser principios de la ciencia, porque la ciencia no está sujeta á las condiciones de tiempo, ni de lugar, ni de circunstancias. Nunca lo que es absoluto puede subordinarse á lo que es variable por esencia, á todo lo que está sometido á condiciones, á todo lo que es transitorio; y por el contrario, todo debe rendirse ante el poder de la ciencia, porque la ciencia es la verdad, y la verdad es Dios.

Con estos preliminares podremos juzgar imparcialmente las dos escuelas que luchan sin tregua ni descanso por conquistar el imperio de la economía política.

VI.

Los libre-cambistas asientan como el principio funda-

mental de su docirina, que el cambio debe ser libre, y que no hay razon alguna para encerrarlo en otros límites que los del interés individual. Pero hemos hecho notar que los apóstoles de esta escuela se elevaban en las alas de su imaginacion á una altura inmarcesible, y que desde tan culminante punto no veian á la humanidad más que como una sola familia, entre cuyos individuos no debian restringirse sus relaciones económicas. Tambien el navegante divisa la tierra desde lejos; pero no distingue, hasta que á ella se aproxima, los grandes detalles bajo cuya forma se presenta á nuestra contemplacion.

Por eso podremos decir á los libre-cambistas: *O son absolutos vuestros principios, ó no lo son.* Si son absolutos, aplicadlos siempre, porque la ciencia es la verdad, la ciencia es el conjunto de las leyes que presiden el mundo físico y el mundo moral, y tan supremas leyes no puede variarlas la versátil voluntad humana. Luego aplicad inmediatamente vuestros principios, vuestras doctrinas, vuestras leyes. Si así lo haceis, concluís con las nacionalidades nacientes; porque el infante no puede luchar con el adulto, y el resultado de vuestras teorías seria la absorcion de los Estados que nacen y son débiles, por los fuertes y poderosos. ¡Buenas doctrinas! ¡Buena igualdad! ¡Buen gobierno!

. Si vuestros principios no son absolutos é inmutables, vuestros principios son variables; y lo que varía es el error, y el error es el antagonismo de la verdad, y la verdad es la ciencia. Luego si aceptais este último extremo, protestais de la filosofía fundamental, y os

declarais vencidos. Y forzosamente habeis de optar por uno de esos dos términos, ¿Son principios absolutos los del libre-cambio? Pues aplicadlos en todo tiempo, en todo lugar, en todas las circunstancias; y haciéndolo así, tocareis bien pronto un funesto desengaño que desacreditará vuestra escuela; vereis que los pueblos que nacen sucumben ante el colosal poder de los más adelantados en las artes é industrias. ¿Son principios relativos los que apoyais y sostenéis con toda la fuerza de vuestra palabra? pues siendo así, no pertenecen á la ciencia, que es independiente de las circunstancias; siendo así, retiraos de la tribuna, y abandonad la prensa; retiraos, y no seais tan ilusos, no defendais una causa tan perdida. No necesito repetirlo, pero lo consignaré nuevamente: las leyes que presiden el mundo físico y el mundo moral, son siempre las mismas, y nunca pueden variar, porque son independientes de la voluntad del hombre y de las evoluciones sociales; son siempre unas, eternas é inmutables; son la verdad.

Los proteccionistas comprenden que ese libre-cambio en absoluto y sin trabas conduciría á la injusticia, porque injusticia y bien crasa es abandonar la suerte de los pueblos á la ley de la fuerza; y por tal consideracion, limitan los cambios entre las naciones, y estienden ó restringen el comercio internacional, segun el mayor ó menor desarrollo de las industrias de cada país. La teoría de los proteccionistas, como principio absoluto, adolece de los mismos defectos que la de los libre-cambistas, porque de ser esa esclusivamente su ley económica, esa ley sería una

verdad científica, y la verdad científica es siempre inmutable, y sus preceptos deberían observarse en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las circunstancias; lo mismo en una época tranquila y apacible, que en un período de crisis y de anarquía; lo mismo en una nación civilizada y que tocara los últimos grados del desarrollo industrial, que en un pueblo que apenas conociera las artes más rutinarias.

Por eso hemos combatido con sobrada razón, tanto la escuela proteccionista, como la libre-cambista, ya que ambas desconocen las teorías de la ciencia, y defienden principios condicionales y relativos, como verdades absolutas y supremas; ya que de considerar sus doctrinas, relativamente á las circunstancias, sus doctrinas dejarían de pertenecer al árbol frondoso de la filosofía, que es el único depositario de la gran semilla, de la semilla de la verdad.

VII.

Y ¿cuál será el principio capital que debe presidir todas las evoluciones del cambio? Para explicar la ley económica, á la cual debe ajustarse el cambio, es preciso remontarse al origen de la ciencia. La ciencia económica se propone dirigir el trabajo del hombre á la producción, y facilitar la circulación, y justificar la distribución, y regu-

lar el consumo. Pero la ciencia económica presupone la sociedad, y la sociedad presupone un gobierno, y el gobierno presupone la existencia de las nacionalidades, ya que la sociedad entera no podría gobernarse por un Jefe, único y esclusivo; ya que las circunstancias de cada localidad y su historia propia exigen leyes especiales; ya que cada Estado ha de mejorar su suerte para dar satisfaccion cumplida á todas sus exigencias; ya que, si careciera de recursos, habria de sucumbir forzosamente bajo el imperio de la escasez, del hambre y de la miseria.

Los partidarios del libre-cambio desconocen la teoría de la mecánica, y aspiran á un cosmopolitismo utópico é irrealizable, pretenden sustituir una nacion á todas las nacionalidades. Desconocen la teoría de la mecánica, porque se olvidan de que unos cuerpos impulsan á otros cuerpos, que unas ruedas imprimen su movimiento á otras ruedas, que los pueblos se prestan auxilios recíprocos en su existencia independiente. Si descubrimos la maquinaria de un reloj, encontraremos la prueba matemática de nuestras teorías y aserciones; allí veremos que unos cuerpos, dispuestos hábilmente, se comunican con otros, y poniéndolos en accion, producen una armonía perfecta.

Despues de reconocer la necesidad de las nacionalidades, para que la sociedad exista, y se desenvuelva y se desarrolle regularmente, el principio científico ó la ley económica relativa al cámbio, debe formularse en estos términos: *Desarrollo progresivo de los intereses materiales dentro de cada pueblo, y en armonía con los de las demás*

naciones. La aplicación de esta ley general se hará en unas ocasiones bajo la doctrina proteccionista, y en otras bajo la teoría del libre-cambio. Luego, claro se vé que la protección y el libre-cambio son las dos fórmulas ó medios de llevar á efecto la ley económica y absoluta que hemos enunciado. Cuando los pueblos no han desarrollado los elementos de su riqueza, protegerse debe la industria nacional. Cuando los pueblos han fomentado las artes é industrias, y pueden competir con otros pueblos, ábrase paso á la teoría del libre-cambio. Luego se vé justificado que los principios de la ciencia económica son tan eternos y absolutos como todas las leyes de la naturaleza, y que la protección y el libre-cambio son los medios de convertir en una verdad práctica el principio que preside todas las evoluciones del cambio, según las condiciones de tiempo, de lugar y de circunstancias.

Los libre-cambistas y proteccionistas confunden los medios con el principio, y en una esfera inferior á la de la ciencia luchan sin más resultados que la negación, y con su obstinada polémica acreditan la verdad de un gran axioma latino: *Quod ab initio vitiosum est, non potest tractu temporis convalescere.*

JUAN CANCIO MENA.